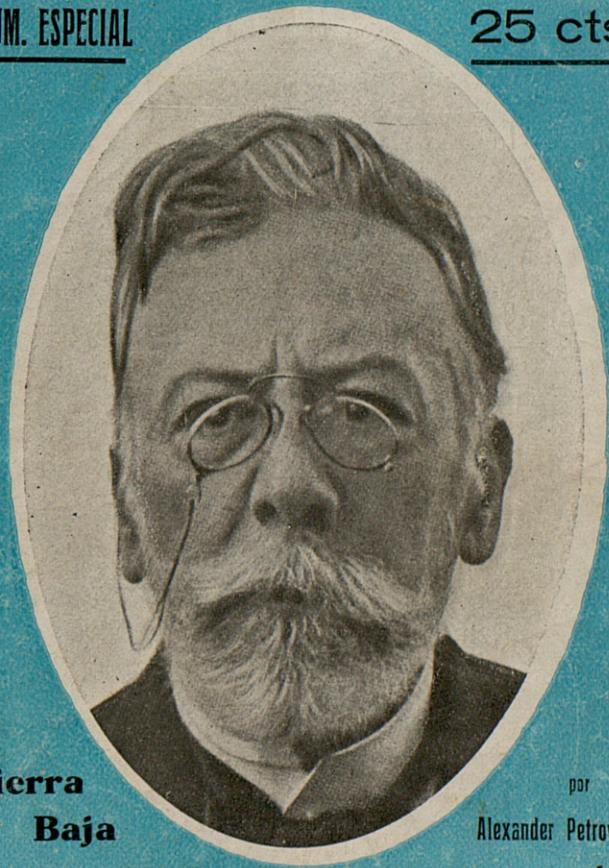


# La Novela Semanal Cinematográfica

NÚM. ESPECIAL

25 cts.



**Tierra  
Baja**

por  
Alexander Petrovits

NÚMERO DEDICADO  
A LA MEMORIA DE

**ANGEL GUIMERÁ**

BALOGH, Béla



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

Número Especial

# TIERRA BAJA

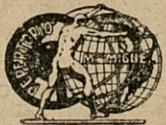
*(MEGYEK ALJÁN, 1920)*  
Adaptación cinematográfica de la genial obra  
del insigne dramaturgo **Angel Guimerá**

"TERRA BAIXA"

### INTÉPRETES PRINCIPALES:

MANELICH . . . . . *IVAN* Alexander Petrovitch  
MARTA . . . . . Ila Loth  
SEBASTIAN . . . . . Oscar Denes

PRODUCCIÓN ALEMANA



Concesionario: Repertorio M. DE MIGUEL  
(La Aristocracia del Film)  
Consejo de Ciento, 292  
BARCELONA

LIBRERIA AGUSTIN AL  
AGUSTIN ALARCÓN

:: :: Prohibida la  
Reproducción ::

Con esta novela se regala la postal-fotografía  
del inmortal poeta al pie del monumento al  
popular "MANELICH" erigido en el parque  
de la montaña de Montjuich, de Barcelona

:: Revisado por la  
Censura Militar ::

## PREÁMBULO

No podía omitir *La Nove-  
lística Semanal Cinemato-  
gráfica* el rendir un póstumo  
homenaje a **ANGEL GUIMERÁ**  
para poner de relieve, con la  
modestia de su sencillez, la  
preclara inteligencia del que  
fué y queda para la inmorta-  
lidad glorioso escritor.

Para ello publicamos, en  
este número especial, el ar-  
gumento de la adaptación  
cinematográfica que de su  
portentosa tragedia hizo una  
casa alemana, y con ser el  
*film* extranjero, queda de-  
mostrada la admiración que  
las producciones de este  
llorado autor, han causado  
allende las tierras y allende  
los mares.



# Tierra Baja

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA DE DICHO TÍTULO

### INTRODUCCION

Las figuras del drama son:

El Ermitaño Tomás, viejo representante de la leyenda montañesa, consejero de almas, que vivía junto al altar de la ermita milagrera;

Sebastián, el amo de todo, señor de vidas y honras, de quien era el campo, el monte, la ermita, el molino, todo cuanto podían ver los ojos de sus criados y labriegos;

Manelich, pastor de la alta montaña, espíritu sencillo, bondadoso, encarnador de la vieja esclavitud;

Marta, la mujer de los caminos que incendió el infierno pasional del campesino rincón, y

El Morrucucho, mozo del molino, alma brava que no se resignaba a vivir bajo el imperio del Señor.

## PROLOGO

En lo alto del cerro de Cabrerizas vivía el pastor Manelich, un ángel de Dios, más bueno que el pan blanco, con un corazón muy sensible y unos brazos que lo mismo podían ahogar a un hombre que a un lobo...

El ermitaño Tomás solía visitarle y le tenía cierto afecto, al que el pastor correspondía agradecido, pues el anciano lo trataba como a un hijo.

—Aprende a leer — le decía, iniciándole pacientemente en ello — ; así sabrás hablar con la Virgen leyendo libros santos y con los hombres enterándote de lo que en la ciudad se escribe.

—Sí, Tomás, yo quiero aprender mucho — repetía Manelich aplicándose a deletrear.

En el centro de la heredad de Sebastián estaba el molino, donde Marta mandaba como dueña y señora por el fuero secreto que el amo le daba.

—¡Morracho...! — gritó cierta vez al ganán — . ¡A trabajar, que tú eres de los que no dicen no cuando ven un plato lleno!

Y el Morracho, refunfuñando, no tuvo más remedio que obedecer.

Pero ante el amo, Marta era la esclava que no acierta a levantar los ojos del suelo.

Habiéndole visto llegar cuando ella regañó a Morracho asomada a una ventana del molino, Marta cerró ésta y le esperó en el centro de su cuarto.

—Buenos días, Marta — saludó Sebastián.

—Hola... — le contestó ella con indiferencia, rechazándole.

Subido exteriormente hasta el marco inferior de la aludida ventana, El Morracho espiaba para ver por sus propios ojos lo que él suponía...

Decidido a tener contenta a Marta, a quien había dado motivo de unos días a aquella parte para que no lo estuviera, Sebastián le habló así, arrayéndosela a fuerza de mimos:

—Hablemos claro, Marta... Tú sabes que te quiero más a ti que a todo el mundo... que ni siquiera podría dejarte... pero tú sabes también que mis haciendas están empeñadas... que si no entra en casa dinero estoy perdido... Yo podría casarme con la “pubilla” de Sala, pero no me la darán hasta que tú y yo no seamos nada...

Marta escuchaba tristemente a Sebastián, mientras en las tierras altas Manelich decía a Tomás:

—Cada noche, cuando los corderos duermen y los perros vigilan en torno de la camada, yo rezó dos Padrenuestros...

—¿Para quién, Manelich?

—Uno para el alma de padre y madre que como se querían tanto se lo repartirán en el cielo... otro para que Dios Nuestro Señor me dé una buena mujer.

El buen ermitaño miraba con ternura al robusto mozo con alma de infante.

En el molino, Sebastián continuaba el tormento de Marta:

—Marta... A no amarte como te amo te diría: vete lejos, y cásate con quien apetezcas... pero yo me niego a que lo hagas... Eres mía, mía, y por eso te quiero siempre a mi lado.

Marta sufría horrorosamente.

—Te casarás con quien yo te proponga — prosiguió Sebastián—. Tú querrías un hombre que te enamorase... mas acuérdate que soy yo quien te sacó del barro donde morías.

—Déjame, déjame... — imploraba Marta.

—No seas boba, mujer... Tu esposo vivirá contento haciendo ver que nada sabe de tus amores conmigo... Es cosa convenida.

—¡Oh! ¡Qué asco!

—Todo será tuyo... Os regalo el molino para toda la vida... Él será tu esposo...

—¡Virgen Santísima! ¡Que se haya encontrado un hombre que, siendo lo que soy, y sabiéndolo él, quiera casarse conmigo! Si es para morir de vergüenza! ¡No, no, eso es imposible!

Sebastián afiló de nuevo las uñas de su criminal egoísmo y friamente las fué hundiendo en el atormentado espíritu de la pobre Marta.

Y la dejó luego a su triste meditación.

En la vecina ciudad vivía el rico hacendado padre de la mujer cuya dote codiciaba el ambicioso Sebastián.

El Morracho, que había presenciado parte de la entrevista de Marta y Sebastián, abandonó su observatorio para seguir un dictado de su conciencia, y llegaba presuroso a presencia de dicho hacendado.

—Señor... El amo Sebastián tiene empeñadas las haciendas y los rebaños, y la justicia está por echarse encima de lo que le queda... Por eso quiere la dote de su hija, que su amor lo tiene puesto en Marta, la molinera.

—Calla, muchacho — rogó el señor al apare-

cer en su despacho su hija, el falso amor de Sebastián.

El Morracho se corrió a un lado para que padre e hija hablasen a solas. Pero, contrariamente a lo que él pensara, nada dijeron ellos respecto a Sebastián.

En efecto, el padre se guardó el secreto y permitió que su hija saliese a paseo para encontrarse precisamente con Sebastián. Por su parte, él ya vería lo que tenía que hacer.

—Gracias, muchacho, por tu aviso. Toma estas monedas.

—No, no, señor, que yo no vine aquí por interés. ¡Que no, ea, que no, o me voy a enfadar!

Así partió El Morracho de allí, con los bolsillos vacíos, pero con el corazón contento.

Sebastián iba al encuentro de su "prometida".

A poco, cogidos del brazo, se paseaban sin preocuparse por las miradas que pudieran sorprenderlos y, al despedirse, incluso se besaron.

En tanto que, en lo alto de la montaña, Manelich cantaba su alegría: Había muerto al lobo que diezmaba su rebaño. ¡Con qué orgullo miraba a la tierra baja donde vivían los hombres que no eran tan fuertes como él!

Sebastián, que al separarse de su "futura" había subido al monte, a inspeccionarlo todo, sorprendió a Manelich en sus manifestaciones de alegría.

Enterado del motivo de ellas, dijo al pastor:

—¡Toma, Manelich; por cada lobo que mates te daré un duro!

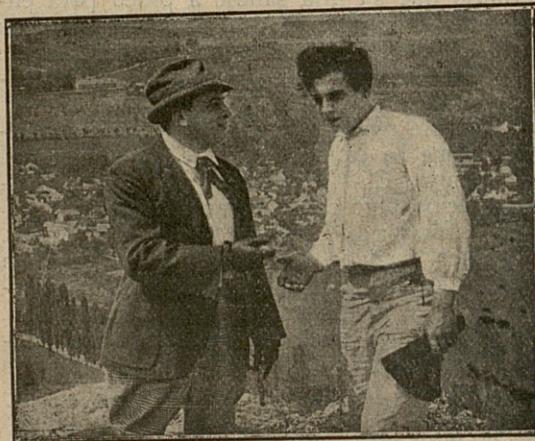
El zagal contempló lleno de gozo la moneda rutilante y le agradeció al amo su liberalidad.

De regreso a su casa, Sebastián halló encima

de su mesa-despacho una carta del padre de la mujer que pretendía por esposa.

De sus labios escaparon duras frases contra el que había llevado el soplo al suegro, y releyó varias veces, con ira, el final del escrito, que decía:

...Yo no puedo dar mi hija a quien tiene amo-



—¡Toma, Manelich; por cada lobo que mates te daré un duro!

res con una moza del molino... Hasta que usted me pruebe que es libre, no piense en volver a esta casa...

Ante tal amenaza, Sebastián, para salvar su hacienda no dudó en exigir el sacrificio de un amor.

Marta ya estaba acostada cuando él llamó con los nudillos en las maderas de la ventana del molino.

Marta cubrióse con una bata y salió a reunirse con Sebastián.

Este la llevó junto a la presa del molino y allí, creyéndose solos —cuando en realidad El Morrucho los estaba espiando— le habló así a Marta:

—Tienes que casarte con ese hombre... Por ti me han desheredado y no volverán a quererme los míos hasta verte casada.

—¡No!... ¡Me iré de aquí!... ¡Antes me tiraré por la presa del molino! —rebelóse Marta.

—Ni te vas, ni te tirarás por la presa, ni te separarás de mí! ¡Si yo te quiero a mi manera... malamente... como sea... pero te quiero! ¡Si aunque me hagan pedazos, yo no te dejo!... Tú a mi lado siempre. Esto está completamente decidido.

Al quedar sola —pues Sebastián, marchándose evitó sus lamentos—, Marta, su esclava, pensó en la muerte como única redención de su desventura, y de no impedírselo El Morrucho, que vió el intento, la pobre mujer hubiese consumado su suicidio.

Sebastián y Marta, camino de los picachos del pastor, iban a mercar un hombre.

Marta no se resignaba aún a ser cómplice en aquella repugnante operación y, una de las varias veces que quiso retroceder, dijo al amo:

—Sebastián... No me cases con ese hombre... Te lo pido por el alma de...

—Deja en paz a los muertos y obedece — la interrumpió él.

Y siguió subiendo Marta su calvario...

El sencillo ermitaño, mediador inocente, dijo a Manelich que había de casarse con la Marta y, desde entonces, el pastor puso ese nombre a una corderilla y en ésta su confidente, su amor.

—Ermitaño... Verá que anoche recé el Padrénuestro pidiendo mujer y no lo acabé... que a la mitad me quedé dormido. Y soñé que el rebaño se espantaba y corrí hacia las charcas del breñal... Yo cojo la honda, pongo un guijarro y va a caer en la charca grande. Y el agua empieza a rebullir y a echar humo y por enmedio del humo vi unos ojos y unos brazos que no sé si eran o no eran brujas... Y una de aquellas visiones se hizo tan hermosa, que parecía la Virgen que va en la procesión.

Al terminar su narración, Manelich vió a Marta que acababa de poner pie en la llanura del monte donde él estaba, y cayó de rodillas ante ella, murmurando: ¡Es la Virgen de mis sueños!

Marta no le vió ni hubiese comprendido el gesto del pastor.

Sebastián, que apareció después de Marta, se acercó con ella a Manelich y le dió esta noticia:

—Manelich... Deja de ser pastor que es mejor oficio el de molinero... que a esa (lo decía por Marta) y a su padre los recogí yo y les di el molino... y como el padre murió y hace falta un hombre en la casa he pensado en casarte con la Marta.

—Si ella quiere, señor — contestó, alborozado, Manelich, aproximándose cariñosamente a la par que tímido a Marta.

Pero ella tuvo para él el desprecio que merece el hombre que se vende y le volvió la cara.

Manelich no le dió importancia a ello e insistió en ser agradable a Marta:

—Yo te llevaré la corderilla que sabe lo que yo te quería sin conocerte.

Marta le hizo otros desplantes y Sebastián hubo de intervenir.

—Hecho está, Manelich... Marta ha venido a conocerte y eres de su gusto... Yo prepararé la boda.

Marta no protestó, y mientras volvía al molino royéndole el alma la amargura, Manelich daba gracias al cielo por haberle deparado tamaña suerte eligiéndole a Marta por compañera.

En la masía de Sebastián, vivían las perdigonas Pepa, Antonia y Nuri, solteronas las dos primeras que no daban paz a la envidiosa lengua haciendo trizas la honra de la que iba a casarse. Nuri era arrastrada por Pepa y Antonia, cuyos sentimientos no podían compararse con los que ella tenía.

—Dicen que el amo de tú, y de mí, y de Tomás, y de la Marta, la va a casar con Ma-

nelich, el pastor... y dicen que el amo era de la Marta... ¡Esto está más *enredao* que los puntos de la zamarra!

El Morracho, que las oía desde el interior de la casa, les arrojó un cubo de agua a la cabeza gritándoles encima:

—¡Murmuradoras!... ¡Anda y casaros vosotras que se va a perder la raza de las perdigonas y será una lástima!

—¡Mira el envidioso!... Tiene rabia porque no ha podido casar con la Marta y ser molinero!

Por toda respuesta, El Morracho les mostró un palmo de lengua y les hizo varias burlas.

El viejo ermitaño Tomás hizo los preparativos de la boda, de la que se hablaba en toda la comarca, ignorando él lo que se decía...

Cada vez que las perdigonas, principalmente Pepa y Antonia, se cruzaban con Marta, se complacían en mortificarla:

—¡Vaya Marta, que ya te han *encontrao* un buen apaño!... ¡Un hombre que no ha visto más que cabras!

Y Marta, despechada, las rehuía como se rehuye una plaga.

La víspera del casamiento, Manelich se dispuso a descender al valle para regalar a Marta, como presente de bodas, la corderilla que conocía su pasión.

Cerca de la ermita encontró a Tomás, a quien le dijo:

—Voy a ser feliz por vos... Esto es *pa* la Marta.

—Que Dios os bendiga, hijo mío. Tú mereces ser muy feliz.

En el pueblo, las perdigonas se metieron también con Manelich.

—¡Mira qué lechuguino el novio de la Marta!... ¡Buena mujer te llevas!

Manelich, reconociendo el son de la burla, alzó el puño amenazador para asustar a las entrometidas que se largaron a todo correr.

Marta, apoyada en una cerca, reposaba su espíritu en el vacío.

Manelich la arrancó a su sueño, con visible desagrado por parte de ella.

—¡Para tí, Marta! —le dijo Manelich ofreciéndole el albo corderillo.

—No lo quiero...

—Es muy dócil, Marta, te lo aseguro... Y te querrá como yo te quiero... Porque yo le he enseñado a quererte.

Marta se resistía a escucharle, pero él, rendidamente le expresaba su cariño.

Sebastián, entretanto, había buscado al Morracho para reprenderlo:

—¡Sé que te has ido de la lengua y aquí no se habla más que cuando a uno le preguntan!

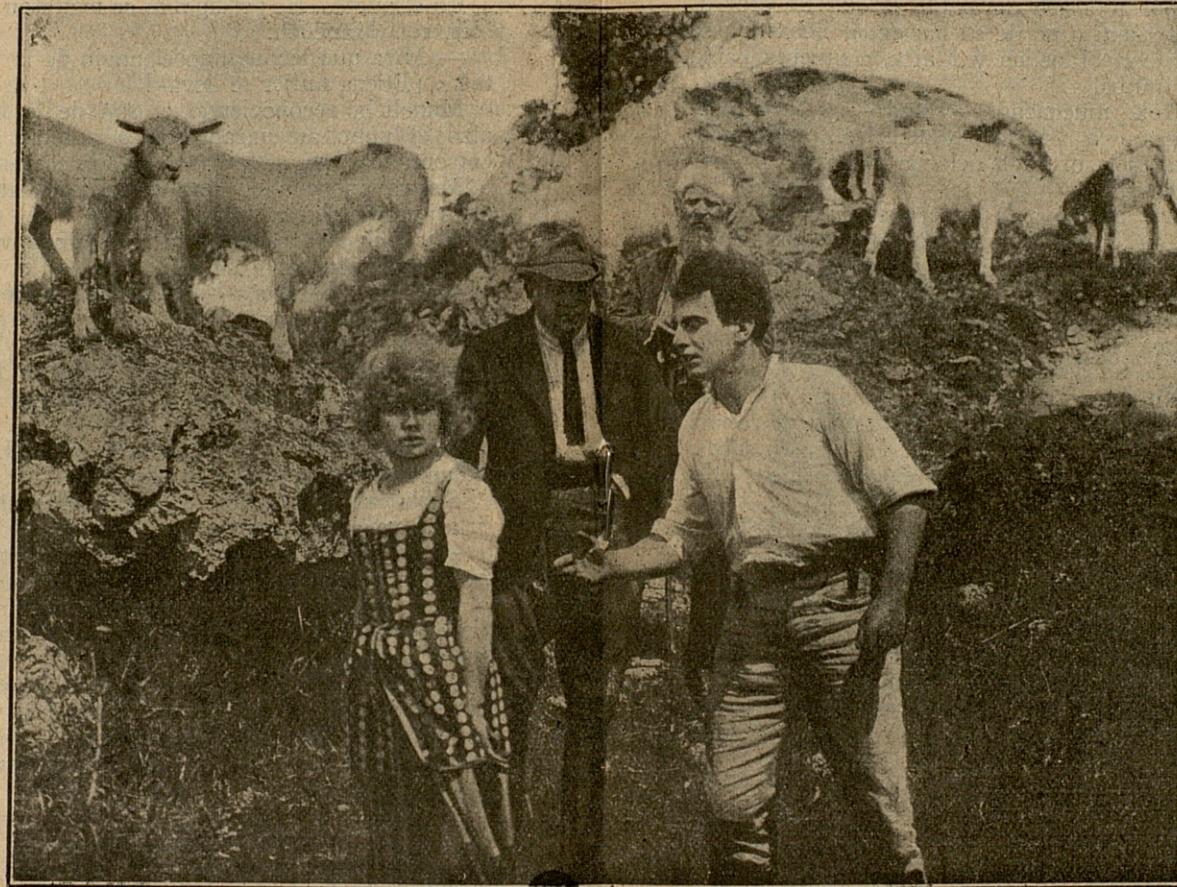
—Yo he dicho lo que debía decir, lo que debe decir un hombre *honrao* *pa* evitar una mala hazaña.

—Pues coje los trastos y fuera de mi hacienda, que yo no doy pan a los traidores.

—Eso es lo que yo iba a hacer, porque a veces es mejor morirse de hambre que ver ciertas cosas.

—¡Imbécil!

—Deje en paz el bastón y acabemos. A mí no se me pega más... Sólo tienen amo los corderos.



—Yo te llevaré la corderilla que sabe lo que yo te quería sin conocerte.

Importándosele un ardite el que El Morrucho se fuera o no de su hacienda, Sebastián se reunía con Manelich y Marta, a quienes había visto juntos.

—Hola, muchachos — saludó —. ¿Le trajiste un regalo a Marta, Manelich?... ¡Tómalo, Marta, es la ofrenda del que mañana va a ser tu esposo!

Marta aceptó a la fuerza el corderillo inocente de Manelich y el hombre de la Tierra Alta, cegado por la luz pura de la altura, no adivinó el engaño, y partió hacia el monte bailando de alegría.

Marta trató, una vez más, de ablandar el corazón de Sebastián.

—No me cases con ese hombre... Me da asco... Yo era una chicuela cuando te conocí y no soy lo que soy por interés, bien lo sabes. A mí no me compraste. A él lo compras. ¡No es digno de mí!

—No seas boba, mujer! — le repetía Sebastián.

Y llegó el nuevo día, el de la boda.

Manelich despidióse emocionado de la Tierra Alta.

Tomás, el ermitaño, vivía tranquilo ignorando la falsia que había ayudado a cometer... hasta que aquella mañana, en otras circunstancias de Sol aunque hubiese llovido, El Morrucho le fué a contar la terrible verdad:

—Viejo Tomás, en la masía se comete una mala acción... El amo Sebastián casa a Marta con Manelich... Todo lo hace *pa* tapar las apariencias... Esa boda es un crimen... No la puede bendecir el Señor.

Temblando de cólera y ansiando llegar a tiempo, el pobre viejo se dirigió con El Morrucho a la iglesia, a cuya puerta se habían congregado, atraídos por el bullicio de la boda, los payeses y las pubillas de las vecinas masías.



—...¡Tómalo, Marta, es la ofrenda del que mañana va a ser tu esposo!

Pero al llegar al umbral del templo, el viejo Tomás y El Morrucho oyeron como la campana cantaba bajo el cielo azul que la boda ya estaba hecha, y, apoyándose uno a otro, presas

de honda emoción, vieron salir a los desposados seguidos por Sebastián.

—¡Mira el *currutaco*! — decían todos mirando a Manelich.

Este, al advertir la presencia del ermitaño, lo abrazó.

—¡Gracias, Tomás!... ¡Me habéis hecho hombre!

Por las flácidas mejillas del viejo, rodaron unas lágrimas...

Pasado el primer momento de desconcierto, el ermitaño detuvo a Manelich a la puerta del molino y le dió algunos consejos.

—Cierra los ojos a todo, Manelich... La verdad está lejos de la felicidad... Se *honrao* y no escuches las maldades que te dirán los hombres. Que en tu casa no entre la palabra de la envidia ni la murmuración...

—Sí, Tomás.

—¡Marta!... ¡Vendré esta noche! — habíale deslizado Sebastián al oído de la sin ventura.

Al cerrar la noche, Manelich y Marta se hallaban solos en el molino.

Manelich quiso abrazarla... y todo esfuerzo fué cortado por ella, que lo rechazaba lejos de sí.

—¡Marta!... ¡Soy yo! ¡No me mires tan mal! ¡Soy tu esposo!

Ni las cariñosas palabras de Manelich ni sus infantiles gestos y miradas, pudieron lograr que Marta le mirase.

El pastor, buscando cualquier pretexto para serle agradable a ella, le mostró el duro que le diera Sebastián por haber matado un lobo.

—Toma... ¿Ves este duro? ¿Ves estas manchas?... Son de sangre mía...

—¡Guárdalo!... ¡No lo quiero!

—¡Me lo dió el amo! Todas las noches venía el lobo al rebaño. Y todas las mañanas encontraba un perro patas arriba, destripado, y una oveja menos...

Marta, mirándole con cierta extrañeza que no sabía definir, escuchaba el relato de Manelich.

—Hasta que una noche — prosiguió el pastor —, me quedé en acecho detrás de unas piedras... De pronto, un bulto negro dió un bote como un demonio pasando por encima de mí... Los pelos se me erizaron y el corazón me daba unos golpes que me ahogaba... Me puse por donde había de pasar el lobo, pues lo era... A poco, llegó con la oveja *atravesá* en el hocico, tropezó conmigo, me agarré a él, caímos barranco abajo revueltos el lobo y yo... mordiéndome él, mordiéndole yo... aullando él y aullando yo con más fuerza... contra su hocico mi cara... contra sus colmillos mis dientes... Y al otro día unos pastores nos encontraron a los tres en el fondo del barranco: la oveja muerta, el lobo muerto y yo con todo el cuerpo lleno de mordiscos y desgarrones... Cuando me curé vino el amo y me dió este duro que manché con mi sangre... ¡Y no vinieron más lobos, Marta!... Tómalo... es tuyo...

Marta abrió desmesuradamente sus ojos... Una duda invadía su alma... Manelich no finigia...

—Ay, Dios mío, que me han engañado y han engañado a este pobre hombre!

Y volviendo a mirar el duro, lo escondió en su seno y ocultó su cara en sus manos para llorar.

Manelich se acercó para consolarla en sus brazos, mas ella aún lo rechazó.

—¡Déjame... déjame! — le dijo adolorida.

—Bien, mujer, dormiré bajo las estrellas como en los picachos.

—Estoy como loca — disculpó Marta su brusquedad—. ¡No sé lo que han hecho conmigo!

En el zaguán de la casa Manelich se acogió un lecho y, antes de disponerse a descansar, dijo:

—Ahora a rezar... Hoy sólo rezaré el Padrenuestro para mis padres... Para mi mujer no tengo que rezarla... Mujer... ya la tengo... Todo duerme en la choza... ¡Esta noche no vendrá el lobo!

Marta lloraba de rabia y desesperación...

## II

Aquella noche, cuando Marta — que vencida por la fatiga moral, se había acostado — dormía profundamente, Sebastián apareció por la ventana de su cuarto.

—¡Marta!

Asustada, la molinera se levantó del lecho para impedir que el miserable continuase a hollar con sus plantas aquella habitación, pero fué inútil cuanto hizo para conseguirlo, pues Sebastián quería entrar y lo hizo.

—¡Vete!... ¡Llamaré a mi esposo!

Sebastián no le hizo caso y la abrazó a su manera.

Hasta Manelich, que no dormía, había llegado el rumor de sus palabras y, temiendo que algo le sucediese a Marta, se puso de pie y llamó a la puerta.

—¡Marta!

Sebastián apagó la luz de la bugía y no tuvo más remedio que huir, en las sombras, por donde había entrado.

Marta abrió la puerta a Manelich cuando ya no había peligro y éste le preguntó:

—¿Qué tienes?... ¿Con quién hablabas?

—Has soñado, Manelich... Déjame...

El pastor obedeció.

Con el alba Marta salió a respirar el aire fresco para que llevara ideas nuevas a su mente tan exaltada la víspera.

Y tuvo unas palabras, mezcla de compasión y simpatía, para Manelich cuando le vió dormido en el zaguán.

—Pobre Manelich! — musitó.

Cerca de la presa del molino, Marta encontró al viejo ermitaño.

—Buenos días — saludó ella.

El viejo, hiriéndola con sus miradas le lanzó su maldición:

—¡Maldita mil veces, Marta, por haber perdido al amo y ahora engañado a Manelich!

Marta se asió a los brazos del anciano suspirándole que la escuchase.

—¡No quiero oírte, que no más van a decir mentiras tus labios!

—¡Todos contra mí! — sollozó Marta—.

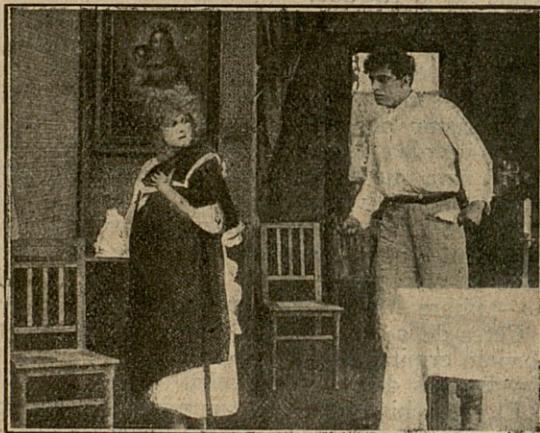
¡Porque me ven tan sola en el mundo, por eso, que hasta ahora no sabía lo sola que estaba!

El ermitaño, ante el dolor de Marta, dejó que la cuitada hablase.

—Yo quiero contárselo todo para que vea quien ha perdido a quien!

Y empezó el relato de su vida.

Tuvo una madre que era ciega y no tuvo a nadie más... Pedían limosna a la puerta de las



—¿Qué tienes?... ¿Con quién hablabas?  
—Has soñado, Manelich... Déjame...

iglesias... ¿Desde cuándo?... Creía que desde antes de nacer ella ya mendigaban... Un día un mendigo trabó amistad con ellas... Marta le suponía ciego... Entonces creía que todos los pordioseros eran ciegos... Aquel hombre acabó

viviendo con su madre. Unas veces se pegaban y otras veces reían los dos muy contentos... ¡Murió su madre y quedó con la mano extendida, como si también fuera a pedir algo al otro mundo!... El viejo que le hacía de padre la obligó a bailar ante la gente de los poblados... y la mala fortuna le hizo conocer al amo Se-



...el viejo que le hacía de padre la obligó a bailar...

bastián, que la pretendió ofreciéndole toda clase de comodidades. Ella rechazó, mas aquel mendigo que era un intruso en su familia, y que gastaba en las tabernas todo lo que las danzas de Marta producían, aceptó la propo-

sición que le hizo Sebastián, de darle cuanto quisiera si hacía suya la moza.

—¡Se acabó la miseria! ¡Vas a tener trajes, y joyas, y dinero! le anunció cierta noche, completamente borracho, el que le hacía de padre.

Y ella se asustó y se negó con todas sus energías, que no eran muchas, a entrar en el pacto infame.

Pero fué vendida sin compasión de uno y otro hombre: del beodo y del que disponía de la vida de los demás con su dinero.

Sebastián la hizo suya... Y, últimamente, disponía aún de ella, como esclava, haciéndola casar con Manelich.

—¡Soy mala... pero me pesa! — terminó Marta. — ¡Quisiera ser buena, que hubiese un alma caritativa que me ayudase a serlo!

—A usted se lo digo todo... pero a él, a Manelich, no sé, no puedo!... ¡Ayúdeme usted como si fuera su hija!

—Sí, Marta, sí, yo te ayudaré — balbució llorando el viejo Tomás, apoyando sobre su pecho el rostro húmedo de lágrimas de la desdichada molinera.

Y prodigándole palabras de consuelo, el ermitaño la acompañó hasta el molino.

Mientras eso hacían ellos, las perdigonas molestaban a Manelich que, no habiendo podido conciliar el sueño durante la noche, dormía aún a aquella hora. Para despertarlo, las malas lenguas le cosquilleaban las orejas con unas pañitas. Cuando el pastor despertó, ellas le preguntaron en son de chanza:

—¿Dónde está tu amor, Manelich?

El mozo se levantó, sorprendido de encontrarse allí, y amenazó con el puño a las maliciosas, las cuales se pusieron pronto fuera de su alcance.

Luego encontraron a Marta, con Tomás, y también se metieron con ella.

—¡Mira la novia que deja dormir al esposo



*Pero fué vendida sin compasión...*

*a la puerta!*

Menos paciente que Manelich, Marta quiso castigar a las impías y Pepa, pues las otras se fugaron, recibió lo suyo.

Manelich, frente al molino, vió llegar a su mujer, con su amigo Tomás, y la esperó tranquilo y confiado.

Al alcanzarlo éstos, el ermitaño, empujando a Marta hacia él hasta juntarlos, le dijo:

—¡Quiere a Marta, Manelich!... ¡Tú eres lo único que ha tenido en la tierra!

—¡Pues ya lo creo que la quiero!—contestó Manelich atrayéndose a su mujer que no se negaba a ello.

—Ven, Manelich... Yo he de hablar contigo aunque después me arrastres por el suelo... que soy tuya... y tú eres mío por la ley de Dios!

Y entraron en la casa.

### III

—¿Qué quieres contarme, Marta, que tanto me interesa saber?

—... Tú dudas de mí, Manelich... y yo quiero que lo sepas todo y has de perdonarme porque soy buena...

—Habla, pues, mujer...

Marta llenóse de valor y la amarga historia volvió a manar de sus labios doloridos... mas no salió el nombre del malvado...

Manelich cerraba los puños hasta hacerse daño a sí mismo.

—... A mí me trataron como a una piedra que se hace rodar con el pie... ¡Perdóname!

—¿Que te perdone?... —explotó Manelich agresivo, hecho trizas su corazón.— ¡Así te confunda Dios!... ¡Yo me vuelvo a las altas montañas!... ¡Aparta!... ¡Suéltame!

—¡Mátame!... ¡Mátame!... ¡Insúltame, Manelich!... ¡Pégame!... ¡Pero no te vayas!

—No, no, déjame!

—¡Es que me tienes miedo!... —gritó Marta para incitarlo a que la castigase.

—¡Apártate!... ¡Revuélcate en la charca de miserias en que vives!

—¡Cobarde, bien se ve que te has vendido por dinero!—dijo Marta, apelando a todos los medios, hasta el infamante insulto, para encender la ira del hombre.

Y, esta vez, se salió con la suya, pues Manelich, al llegar hasta su corazón el agravio, cogió un cuchillo que había encima de una mesa y se abalanzó a Marta descargando su brazo con el arma en uno de sus hombros, hiriéndola levemente.

De la herida manó sangre y, entonces, loca de dicha, Marta exclamó besando aquélla:

—¡Sangre!... ¡Sangre mía!... ¡Y tú has sido!... ¡Mátame si es que me quieres!

—¡No, no!... ¡Déjame!—decía Manelich avergonzado de su hazaña.

—¡Mátame, que mientras pensaba en vivir no tuve ánimo para decirte lo que he hecho!

Pero Manelich había salido del molino.

Marta le siguió y a pocos pasos de la casa, le rodeó el cuello con sus brazos.

—¡Mi Manelich! —suspiró ella, admirada de su dignidad.

Y él, al sentir el roce de la mujer que ama-

ba le dió en sus labios el beso del perdón que ella le imploraba.

Sebastián, desde lejos, presenció, atónito y furioso, aquella escena insospechada.

—Tú me perdonas porque no sabes todo... — murmuró Marta a Manelich.

—Vámonos lejos de la Tierra Baja. ¡Quiero saberlo todo allá arriba, que aquí el cielo se ha enturbiado con tantas miserias y Dios no te vería la cara cuando hablases!

—Sí, Manelich!

—¡Vámonos a la Tierra Alta, que allá se perdona todo y no se corrompe nada! ¡Hasta los cuerpos se conservan en la nieve! ¡Mira tú si se conservarán puras las almas!

—Sí, sí, Manelich!

—E iban a marcharse...

—¡Deja a Marta, Manelich! —ordenó Sebastián.

Los campesinos, que adivinaron el suceso, rodearon a los intérpretes del mismo.

Manelich y Marta, muy juntos, miraban a Sebastián.

—¿Olvidáis que soy el amo, que sin mi permiso no podréis dejar el molino?... Y tú—añadió dirigiéndose a Marta y separándola bruscamente de Manelich—, piensa que no eres más que un sapo nacido en los charcos de la lluvia... Yo te he *dao* de comer...

Manelich, que estaba dispuesto a hacer respetar a su esposa, contestó al amo:

—Señor amo... mire lo que hace...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es Marta!

—¿Y qué? ¡Marta es mía!

Manelich vaciló un instante...

—¡Miradle!... ¡Ese es el pastor, el esclavo! ¡Y se revuelve contra el amo! En premio, toma. Y le cruzó la cara.

—¡Manelich! —gritóle Marta... Ese que dice que es el amo... ese... ese fué el que me perdió.

—¡Oh! ¡Él?...

—¡Sí, mátalo!

La tragedia planeaba sobre la cabeza de todos.

El ermitaño acudió y con su voz quiso detener la tragedia, reprochando a Sebastián el abuso que hacía de su poderío.

Por toda respuesta, el amo derribó al suelo, de un brutal empellón, al pobre viejo, azotándole después con su bastón.

Entonces, libertándose de sus cadenas, y acicateado por Marta, que quería venganza, Manelich luchó con el amo, ante el asombro general.

—¡Yo sé matar hombres, pastor! —le había amenazado Sebastián.

—¡¡Y yo lobos!! —repuso Manelich.

Era la lucha secular... y el esclavo arriesgaba su vida en la ruda pelea por su honra y por su amor.

—¡Mátalo, Manelich! —volvió a gritar Marta.

Y, por fin, tras varias alternativas, Manelich, el oprimido, venció al opresor, matando al lobo humano.

—Perdónale, Señor... —pidió al cielo el ermitaño.

Abriendo paso, Manelich, cargada Marta

en sus férreos brazos, gritó con gesto de triunfador:

—¡Vámonos de la Tierra Baja!... ¡Ya maté al lobo!... ¡Ya maté al lobo!



—¡Vámonos de la Tierra Baja!... ¡Ya maté al lobo!... ¡Ya maté al lobo!

Y desapareció monte arriba, acariciando con ternura infantil a su adorada Marta, a buscar la felicidad que ambos merecían.

FIN

---

Así es, en síntesis, con alguna que otra variación en la adaptación cinematográfica, la tragedia que ha conquistado laureles eternos para el glorioso poeta.

---

SE HALLA YA EN VENTA

■■■ **Bajo las ■■■  
garras del oro**

— tercero libro de la —  
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS  
— de —

**La Novela Semanal  
: Cinematográfica :**



NO DEJE DE COMPRARLO Y SU LEC-  
TURA LE PROPORCIONARÁ UN RATO  
DE SANA EXPANSIÓN —

ASUNTO DE ALTA MORALIDAD SEGÚN  
LA GRAN NOVELA DE H. de BALZAC

Precio: UNA PESETA